

FELICES LOS QUE ELIGEN SER POBRES **PORQUE DIOS REINA EN SUS VIDAS**

CARTA DE JULIO DIÉGUEZ, RESPONSABLE DEL MAC

Queridos hermanos:

En el año 2021, el Movimiento de Acción Cristiana (MAC) cumplirá 50 años. La Iglesia suele proclamar un año Santo o Jubilar para celebrar un hecho destacado (Por ejemplo, en 2016 la Iglesia celebró el “Año de la Misericordia”). En el MAC, como todo lo hacemos a lo grande, vamos a celebrar este aniversario especial durante 4 años.

Es momento de dar gracias, por tanto bien recibido. Es tiempo de hacer memoria agradecida de lo que hemos recibido a lo largo de nuestra vida y concretamente de los regalos –sobre todo fe, personas y situaciones- que recibimos en el MAC y gracias al MAC. ¡Cuántos nombres, memorias, instantes corrientes y sagrados, preguntas y respuestas! ¡Cuántas historias, caídas y ascensos, amor y fe, siempre en movimiento! “El Señor ha hecho maravillas...El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres” (Salmo 146). Es la alegría por la presencia de Dios en nuestras vidas. Nunca podemos olvidar cuando Jesús nos tocó el corazón: “Era alrededor de las cuatro de la tarde” (Jn 1, 39). Y hemos respondido con otros, a veces cargando con ellos, o llevado en sus brazos, y a veces de la mano.

En este tiempo se nos invita individualmente, en primer lugar, a *renovar* ahora mismo nuestro *encuentro personal* con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarnos encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. Dios no se cansa nunca de buscarnos: nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. A menudo podemos caer en la tentación del individualismo, del relativismo práctico de vivir como si Dios no existiera, de la pereza egoísta, del pesimismo estéril, de la queja continua, de la mundanidad espiritual, del resentimiento o de la guerra entre nosotros. Pero estos desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera, contagiémosla!

Pero también, como Movimiento, se nos exige una conversión pastoral que haga la “familia MAC” más misionera, más expansiva y abierta, en constante salida. El MAC está enfrentando nuevos retos, no exentos de dificultades. El Papa Francisco nos exhorta a huir del “siempre se ha hecho así” y repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos de evangelización de nuestro Movimiento. Con este objetivo, este año hemos comenzado a reflexionar sobre nuestra pastoral. En los próximos cursos discerniremos sobre nuestras comunidades, consagrados y resto de realidades que conforman nuestro pequeño y pobre Movimiento.

Para esta conversión personal y pastoral se ha escogido las Bienaventuranzas como Palabra que nos ayude a rezar y vivir adecuadamente estos 4 años de Jubileo del MAC. Nuestra fe no puede estar nunca quieta, ni el amor tampoco. Un Movimiento siempre en marcha, por los niños y los jóvenes. ¡Comencemos otra vez el camino que nunca dejamos, elijamos ser pobres para que Dios reine en nuestras vidas!

PRESENTACIÓN: “Poneos en camino” (Lc 10, 3)

Rumbo al Jubileo MAC 2021

“Os escribimos esto para que vuestra alegría sea completa” (1 Jn 1, 4)

#palabradeDios

“Declararéis santo el año cincuenta” (Lev 25, 10).

Esta antigua invitación de la Palabra de Dios resuena especialmente actual para nosotros. El año 2021 el MAC cumple ¡50 años de su fundación! Y no queremos dejar pasar la oportunidad que el Señor nos ofrece para vivir este acontecimiento ¡como Dios manda!

El Papa Francisco, de alguna forma, también nos anima a ello: *“La comunidad evangelizadora gozosa siempre sabe «festejar». Celebra y festeja cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización”* (Evangelii Gaudium, 24). Cumplir 50 años, compartiendo la Buena Noticia con los niños y jóvenes, es un paso que bien merece celebrarlo, festejarlo, agradecerse al Señor.

“¡Él ha estado grande con nosotros y estamos alegres!” (Sal 125, 3)

¿Y cómo lo vamos a celebrar?

La Palabra de Dios es clara: *“Será para vosotros año jubilar”* (Lev 25, 10). Jubilar, jubileo, son palabras que proceden de júbilo. ¿Sabéis lo que significa júbilo? ¡Alegría inmensa! Fíjate bien. No estamos hablando de cualquier tipo de alegría, sino una alegría enorme (cf. Mt 2,10), completa (= plena; cf. Jn 15, 11; 1 Jn 1, 12; 2 Jn 1, 12). En definitiva: una alegría verdadera. Una alegría así solo puede tener su origen en la verdad, es decir, en Dios. Es la alegría de vivir en comunión con Dios y, por lo tanto, en comunión con los demás. Son las dos caras de la misma moneda.

Pues a eso es a lo que os invitamos desde ahora: a preparar un año de celebración con el Señor, con los hermanos. Bueno, ¿y cómo lo vamos a preparar? Mejor decir cómo nos vamos a preparar.

Para que la celebración sea auténtica (no estamos para pegotes), hay que prepararse de verdad. Si la alegría verdadera nace de nuestro amor al Señor y a los hermanos, donde Él está presente, no queda más que una opción: ponernos rumbo (convertirnos) al amor de Dios, ya que, Él que es la verdad, es amor (cf. 1 Jn 4, 8), haciendo nuestro el “amaros”, no de cualquier forma, sino *“como Yo os he amado”* (Jn 13, 34), y que estos 50 años de historia del MAC el Señor nos ha mostrado de forma tan clara. De hecho, hemos llegado hasta aquí gracias a Él: *“El Señor tu Dios te lleva, como un padre lleva a su hijo, a lo largo de todo el camino que habéis recorrido hasta llegar a este lugar.”* (Dt 1, 31; cf. Lc 1, 54).

Por lo tanto, se trata de celebrar un año santo centrado en lo esencial: la caridad. No puede ser de otra forma, ya que, la santidad es vivir amando (cf. Catecismo, n: 826), siendo responsable de los otros.

#palabradeDios.

“Haced del amor la norma de vuestra vida, a imitación de Cristo que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros” (Ef 5, 2)

“Nuestra misión cristiana es dar alegría a la gente. Que el Señor cuide este don de permanecer en el amor de Jesús para poder dar alegría a la gente” (Papa Francisco; Homilía, 18-05-2017) y así experimentar que “hay mayor felicidad en dar que en recibir” (Hch. 10, 35).

Para permanecer en el amor de Cristo necesitamos ponernos en camino siguiéndolo a Él que es el Camino. Para ello, ya que estamos tratando de Jubileo, de alegría inmensa, en definitiva, de felicidad, os proponemos que dirijamos nuestra mirada a las bienaventuranzas, que *“dibujan el rostro de Cristo y describen su caridad”* (Catecismo, n: 1717). ¿Hay una forma mejor que preparar un jubileo, una alegría plena, que vivir las bienaventuranzas? Ellas serán nuestro itinerario de preparación, las luces que nos guíen para que esta aventura, que emprendemos este año, acabe bien (bien-aventurado = te aventuraste bien, acertaste en tu elección, has arriesgado y te ha salido bien).

La vida es muy seria (no confundir con triste), un riesgo, hay que tomar decisiones, etc. Toda aventura comporta un riesgo. ¡Y no hay mayor aventura que encontrarse con el Señor, que ver su rostro!

“Jesús es el Señor del riesgo, del siempre «más allá»” (Papa Francisco; Vigilia de Oración JMJ 2016, 30-07-2016).

“Jesús se deja encontrar por quien lo busca, pero para buscarlo hay que moverse, salir. No esperar; arriesgar. No quedarse quieto; avanzar. Jesús es exigente: a quien lo busca, le propone que deje el sillón de las comodidades mundanas y el calor agradable de sus estufas. Seguir a Jesús no es como un protocolo de cortesía que hay que respetar, sino un éxodo que hay que vivir. Dios, que liberó a su pueblo a través de la travesía del éxodo y llamó a nuevos pueblos para que siguieran su estrella, da la libertad y distribuye la alegría siempre y sólo en el camino” (Papa Francisco, Homilía, 6-01-2018).

En otras palabras, para encontrar a Jesús debemos dejar el miedo a involucrarnos, la satisfacción de sentirse ya al final, la pereza de no pedir ya nada a la vida. Tenemos que arriesgarnos, para encontrarnos sencillamente con un Niño. Pero vale inmensamente la pena, porque encontrando a ese Niño, descubriendo su ternura y su amor, nos encontramos a nosotros mismos.

“Ponerse en camino no es fácil. El Evangelio nos lo muestra a través de diversos personajes. Por ejemplo los Magos que deciden hacer un viaje hacia el misterio. Éstos, aunque desconocen las verdades de la fe, están ansiosos y en camino, como lo demuestran los verbos del Evangelio: «Venimos a adorarlo» (Mt 2, 2), «se pusieron en camino; entrando, cayeron de rodillas; volvieron» (Mt 2, 9.11.12), siempre en movimiento” (Papa Francisco; Homilía, 06-01-2108).

¡Movimiento de Acción Cristiana: “siempre en movimiento”! No es agradable tomar riesgos y el Señor lo sabe, por eso grita desde la montaña: ¡Bienaventurados!, ¡Felices! En esta aventura de Dios, ¡quien arriesga por Cristo nunca pierde!, ¡apostaste al Vencedor (cf. Jn 16, 33)! Esta es la apuesta del Señor, la de los cristianos: la felicidad que busca toda persona la encontramos amando, entregándonos,

sirviendo (cf. Jn 13, 13-17; Hch. 10, 35). Es decir: más amor está muy bien, es la vida en abundancia (cf. Jn 10, 10). Menos amor no es vivir, es sobrevivir, demasiado poco (cf. 1 Jn 3, 14).
Señoras, señores: ¡hagan sus apuestas! (cf. Dt 30, 19-20).

Con este tema, damos el pistoletazo de salida para la preparación del Jubileo MAC 2021.

No veamos esta celebración como el final de una etapa, sino todo lo contrario: ¡queremos que el Jubileo MAC sea el principio de muchos principios, el inicio de montones de inicios! La celebración nos tiene que recordar que ¡siempre es necesario recomenzar desde Cristo!

Jesús vino “*a proclamar un año de gracia del Señor*” (Lc 4, 19). Él no esperó a que pasaran 50 años para vivir entregándose a los demás. De hecho, su andadura histórica no llegó a tantos años. Declarar el año santo entra dentro de la vocación universal de la santidad a la que siempre estamos convocados (cf. Con. Vaticano II; Lumen Gentium, Cap V, 39-42).

Hoy es un buen momento para empezar a vivir esta alegría inmensa. ¿A qué vamos a esperar? Este es el tiempo favorable (cf. 2 Cor 6, 2), el mejor momento que tenemos (porque realmente solo vivimos en el presente) para hacer realidad, carne de nuestra carne, la Palabra de Dios.

Así que empezamos “hoy” nuestra aventura. ¡“*Poneos en camino*”! (Lc 10, 3)

FELICES LOS QUE ELIGEN SER POBRES PORQUE DIOS REINA EN SUS VIDAS

1. BIENAVENTURADOS Y BIENAVENTURANZAS

El “Sermón de la Montaña” es uno de los sermones más famosos y recordados de Jesús. ¿Por qué puede causar asombro esta enseñanza de Jesús?

La **bienaventuranza** (también llamada *macarismo*) es en la Biblia un género literario con más de un centenar de ejemplos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Tiene antecedentes en escritos de otros pueblos, en especial de Egipto. Se recurre a este género para expresar una felicitación a las personas que, por tener una dada cualidad o por mantener una forma de conducta grata, están relacionadas con Dios a quien se identifica bíblicamente como el dador de la vida y de la felicidad.



Cuando en la Biblia se proclama una bienaventuranza o su opuesto, no se busca pronunciar ni una bendición que proporcione la felicidad, ni una maldición que produzca la infelicidad, sino exhortar, sobre la base de la propia experiencia de felicidad, a seguir los caminos que conducen a ella. El centro de atención de las bienaventuranzas busca hacer entender el cambio de los bienes meramente terrenales a los llamados «bienes eternos».

En conjunto, las bienaventuranzas del sermón del monte concentraron todas las enseñanzas y el ministerio público de Jesús sobre espiritualidad y compasión, al presentar un nuevo conjunto de ideales centrados en el amor y la humildad en lugar de la fuerza y la imposición.

1.2 Las bienaventuranzas en Mateo 5 y Lucas 6

Probablemente las bienaventuranzas más famosas sean las transmitidas por el evangelio de Mateo (capítulo 5) y el evangelio de Lucas (capítulo 6). Entre ellas se observó cierto número de similitudes. Los dos evangelios recogen la misma palabra: «bienaventurados» o dichosos. Los dos están de acuerdo en colocar ese término al frente de una especie de discurso-programa que pronuncia Jesús al comienzo de su ministerio, un poco antes en Mateo que en Lucas. También hay en los dos una diferencia muy clara entre las primeras bienaventuranzas y la última, tanto en el tono general como en el estilo: mientras que las primeras son breves y están bien acuñadas, la última se despliega con cierta amplitud. Y en ambos evangelios, el tono general viene dado por la primera bienaventuranza que se suele considerar el compendio de todas las demás: «Bienaventurados los pobres» (Lucas 6, 20), «Bienaventurados los pobres de espíritu» (Mateo 5, 3).

En el evangelio de Mateo, las bienaventuranzas constituyen el comienzo del largo discurso de tres capítulos (Mateo 5-7) conocido como «sermón de la montaña». Se trata de enseñanzas impartidas por Jesús en distintas ocasiones y que el evangelista ha coleccionado y sistematizado en un discurso.

En cambio, en el evangelio de Lucas, se ubican en el comienzo de un «discurso en la llanura» mucho más corto (medio capítulo: Lucas 6, 20-49). Este discurso se encuentra recogido casi íntegramente en el sermón de Mateo, pero sus perspectivas parecen ser algo distintas; sus escritos, están centrados casi exclusivamente en el amor al prójimo. Mateo se interesa sobre todo por la manera con que las exigencias del evangelio constituyen una superación respecto a las exigencias de la ley judía, tal como se la interpretaba en el siglo I.

En cuanto a las bienaventuranzas mismas, la primera diferencia que se advierte es la del número: Mateo tiene 9; Lucas sólo 4, pero las hace seguir de otras cuatro sentencias que recogen exactamente la otra cara de las bienaventuranzas: las maldiciones (¡ay de vosotros, los ricos, los que estáis saciados, los que ahora reís, de los que habla bien todo el mundo!).

La diferencia de contenido es la más importante: la razón de la dicha no parece ser la misma para Mateo que para Lucas. Lucas considera situaciones penosas (Bienaventurados los pobres... Bienaventurados los que ahora tenéis hambre...). Mientras que Mateo tiene en cuenta actitudes y disposiciones espirituales (Bienaventurados los pobres de espíritu... Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia...). Si bien estas dos series de bienaventuranzas se sitúan en dos planos distintos, parecen ser complementarias y convergentes.

Bienaventuranzas Mt 5, 3-12	Bienaventuranzas Lc 6, 20-23	Maldiciones Lc 6, 24-26
Dichosos los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos	Dichosos los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios	¡Ay de vosotros los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo
Dichosos los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra	--	--

Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados	Dichosos los que lloráis ahora, porque reiréis	¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto
Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados	Dichosos los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados	¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre
Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia	--	--
Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios	--	--
Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios	--	--
Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos	--	--
Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa	Dichosos seréis cuando los hombres os odien, os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre	¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! [...]
Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros	Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra esperanza será grande en el cielo. Pues de ese modo trataban sus padres a los profetas	[...] pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas.

2. LO QUE SÍ Y NO SON LAS BIENAVENTURANZAS

2.1 «El sermón de la montaña no es ley sino evangelio»

“ En cuanto a su contenido, nos pueden ser útiles estas palabras de un comentarista moderno, Joachim Jeremías: «El sermón de la montaña no es ley, sino evangelio. Porque esta es la distinción entre ambos: la ley pone al hombre ante sus propias fuerzas y le pide que las use hasta el máximo; el evangelio sitúa al hombre ante el don de Dios, y le pide que convierta de verdad ese don inefable en fundamento de su vida. Dos mundos». Esto significa que el sermón de la montaña - encabezado por la proclamación solemne de las bienaventuranzas- no es un código jurídico, ni tampoco, propiamente hablando, una lista de normas morales: se trata, en cambio, del anuncio gozoso de las condiciones que hacen posible el seguimiento del camino del Reino de Dios, trazado por Jesús.



Dicho de otro modo: el sermón de la montaña no constituye el resumen de las normas legales y éticas que rigen la vida cristiana, sino que es, sencillamente, la proclamación de las consecuencias -exigentes y liberadoras al mismo tiempo- de la fe cristiana cuando se vive de veras. Sin ánimo de sentar cátedra ni hacer un análisis exhaustivo, vamos a intentar desenmascarar algunas falsas concepciones de las bienaventuranzas; vamos a tratar de ver qué no son las bienaventuranzas, muy brevemente.

2.2 Lo que *NO* son las bienaventuranzas

Frecuentemente se han considerado las bienaventuranzas como las pautas de vida del cristiano, como el camino para seguir a Cristo; pues bien, ni Cristo las presenta como tales, pues simplemente hace una relación de quiénes son dichosos; ni podemos nosotros interpretarlo así, puesto que en ellas, para nada se habla de seguimiento de Cristo. A Jesús no se le sigue simplemente llorando, porque hay muchos que lloran, y eso no significa que le sigan a Él; ni basta con ser pobres, pues hay muchos pobres de quienes no se puede decir en absoluto, que sigan a Cristo, etc.

Tampoco se pueden entender las bienaventuranzas como el código de ética cristiana, o como los mandamientos de la nueva ley (a pesar de los paralelismos del evangelio de hoy con la escena del Sinaí). Cristo no dio más que un mandato, **el del amor**; y las bienaventuranzas, no son más que una relación de quiénes son dichosos. Ni siquiera tienen la forma gramatical de unos mandatos.

Las bienaventuranzas no son un seguro para la felicidad, ni indican el camino que hay que seguir para alcanzar la felicidad, ni son una bendición que cause la felicidad, ni son, tampoco, un seguro para la salvación; nos demuestra la experiencia que cientos de personas sufren, lloran, pasan hambre... y no son felices. Las bienaventuranzas no aseguran al pobre que, por el simple hecho de serlo, sea feliz. La experiencia nos lo demuestra. Esa pobreza ha de tener un porqué que la explique y le dé sentido.

Mucho menos se puede decir que sean un consuelo, una anestesia contra los males del mundo. Esta sería una solución alienante para tales males o problemas -en realidad ni siquiera sería solución-; sería una salida esclavizadora, impropia del estilo de Jesús.

Es importante observar que **lo que se declara bienaventurado, son las personas y no las situaciones**. La observación es importante porque significa que las bienaventuranzas no convalidan o consagran situaciones sociológicas de injusticia y dolor; sino que **alaban a personas activas**, a personas que llevan adelante una tarea dolorosa o que han hecho una opción dolorosa



En definitiva, las bienaventuranzas no son algo anterior a un encuentro con Cristo, algo que nos acerque a Él, etc., sino todo lo contrario: las bienaventuranzas son algo «**a posteriori**» de un encuentro personal con Cristo. No son otra cosa que la nueva realidad de los que han optado por Cristo. Las bienaventuranzas son algo que sucede después de haberse decidido por Jesús, lo que uno se va a encontrar en su vida, después de dar un sí a Cristo. Por eso es dichoso el pobre: porque su pobreza es fruto de una opción por Jesús. Quien llora porque se le ha muerto su madre no es bienaventurado; todos lloran cuando pasan tal trance. Quien llora porque el seguir a Jesús le hace comprender cosas que hacen llorar, quien llega a llorar como efecto de seguir a Cristo, ese es dichoso. Y así con todas las bienaventuranzas.

2.3. Lo que *SI* son las bienaventuranzas

El ámbito de las bienaventuranzas es religioso; es decir, presuponen una toma de posición previa por Jesús y por el reinado de Dios. Jesús se dirige exclusivamente a los que han tomado posición por Él y por el Reino (= a los discípulos). Esta toma de posición previa, le lleva al discípulo a adoptar posturas concretas. Estas posturas le colocan, unas veces en situaciones penosas y otras en actividades cuya realización, comporta una serie de dificultades. Tanto en unos casos como en otros, el discípulo puede llegar a experimentar el desánimo, la tentación de mandarlo todo a paseo o puede incluso «quemarse». Ante estas posibilidades muy humanas, interviene Jesús y le dice al discípulo:



«No te desanimes. No eres ningún desgraciado. Todo lo contrario: eres un bienaventurado. **Eres tú quien está construyendo el Reino** y llegará un día en que esto aparezca con toda claridad».

La perspectiva de futuro que Jesús introduce, no es una evasión; es sencillamente, la certeza que necesita el luchador de que su lucha no es una quimera, la certeza de que su lucha vale la pena, porque efectivamente, lleva a un término glorioso.

2.4. Las Bienaventuranzas: control de calidad del cristiano

Lo que aquí nos interesa es que seamos conscientes de dos cuestiones esenciales: que vivir como cristianos no es indiferente, trae una serie de consecuencias y que esas consecuencias no deben llevarnos al desánimo, sino a considerarnos y sentirnos bienaventurados.



El cristiano, un hombre diferente. Ser fiel a Jesús, vivir como cristiano, seguir el Evangelio, trae, necesariamente, una serie de consecuencias; y también podemos formular esta afirmación en sentido inverso: si no aparecen esas consecuencias, si no se producen esas situaciones en la vida del cristiano, su cristianismo es, cuando menos, de dudosa fiabilidad.

Quizá estamos demasiado acostumbrados a nuestro cristianismo de diario, un cristianismo «especial» reducido al cumplimiento de unas obligaciones religiosas que, por divorciadas de la vida, en nada afectan a ésta; unas prácticas que no tienen más repercusión en la vida que el tiempo que lleva el realizarlas; todo lo demás sigue exactamente igual; y podemos hacer compatible el realizar esas prácticas con un estilo de vida plenamente idéntico al de cualquier no creyente. Pero no debemos tener la más mínima duda al respecto: si hay verdadera fe, si hay auténtica vivencia cristiana, eso se tiene que notar en la vida del creyente. Y se tiene que notar en que su vida es diferente de lo usual. El estilo de vida que se construye sobre el Evangelio es realmente diferente de cualquier otro estilo de vida que no se basa en el Evangelio.



Para reflexionar y compartir. Hoy me pregunto:

- ¿Qué consecuencias tiene en mi vida el seguir a Jesús, o en qué me diferencio de un no creyente?
- ¿Cómo ilumina mi vida la opción por Jesús?
- ¿Dónde busco yo la felicidad: en el seguimiento de Jesús o en los valores de la sociedad?

3. BIENAVENTURADOS, FELICES, ALEGRES...

La clave de las bienaventuranzas radica, sin duda, en el comienzo de cada una de ellas. Normalmente nos centramos en la segunda y en la tercera parte, es decir, en la actitud que se subraya y en la consecuencia que sobrevendrá a quien la tenga; pero la clave, el sentido último de cada enunciado es justamente por el lugar por el que empieza: bienaventurados.

El término, *makarioi*, se usaba en griego clásico para designar la alegría de los dioses, ajenos a las penas y fatigas de los humanos; de hecho, en origen significaba «libre de las preocupaciones y trabajos diarios», aunque poco a poco fue banalizándose y, en la época helenística, llegó a designar cualquier tipo de felicidad. En la Biblia nunca se utiliza para designar a Dios, para eso se reservan otras palabras. Se emplea para hablar de la felicidad como el estado ideal de los hombres, como la consecución de los deseos humanos, tanto seculares como religiosos.

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se emplea normalmente de una forma estereotipada, es decir, como una fija. Esto podría parecer un encorsetamiento, una pérdida de frescura, pero es justo al contrario.



Al comenzar una expresión con “bienaventurados”, los lectores (nosotros incluidos) reciben una invitación a estar atentos, porque lo que va a decir encierra una enseñanza fundamental: “¿quieres ser feliz?, entonces, escucha lo que voy a decir y ponlo en práctica”.

3.1 La felicidad, meta y sueño de todo hombre

Porque en el fondo todo hombre y mujer, en todos los lugares y tiempos, buscan y anhelan la felicidad. Sólo hay que asomarse a una librería y ver los títulos de los libros de autoayuda, tan de moda últimamente. Quizá el único problema de estos trabajos radique en que buscan la felicidad de una manera simplona, aquí y ahora, y normalmente de una manera egoísta, centrándose sólo en el bienestar personal, mental y “espiritual” de quien vive, aparentemente, en un estado depresivo.

Quizás el problema de hoy (y seguramente de siempre) sea dónde busquemos la felicidad, dónde creemos que se encuentra realmente. Y de esto sabemos un montón: unos buscan la dicha en el tener, en el acumular; otros en la fama, en el ser reconocidos por los demás (a veces incluso “vendiendo” sus intimidades, pecados y deseos inconfesables por la televisión); hay otros que creen que sólo llegando a la cumbre de sus carreras (es decir, siendo “el mejor” en lo suyo, sea cual sea el precio que haya que pagar para llegar allí arriba) conseguirán ser felices.



San Agustín, un buscador infatigable de la verdad y la alegría, descubrió que su búsqueda, como la de todos, no estaba completa... hasta que descubrió que: “*Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.*”

3.2 La Alegría del Evangelio

El mensaje de las Bienaventuranzas es totalmente el contrario, como iremos viendo en los distintos temas. Y no sólo en las bienaventuranzas, el mensaje del Señor muestra que la alegría verdadera va por otros

derroteros muy distintos. Por resumirlo mucho (y no cansarnos), podemos recordar una frase de Jesús, la única que no está recogida en los Evangelios, sino en el libro de los Hechos de los apóstoles:

#palabradeDios

"Hay mayor alegría en dar que en recibir" (Hch 20, 35).

“ Comentando esta frase, san Juan Pablo II decía en el mensaje para la cuaresma de 2003: *“No se trata de un simple llamamiento moral, ni de un mandato que llega al hombre desde fuera. La inclinación a dar está radicada en lo más hondo del corazón humano: toda persona siente el deseo de ponerse en contacto con los otros, y se realiza plenamente cuando se da libremente a los demás.”*”

Pero dejemos que el Papa Francisco nos diga algo: *“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”* (Evangelii Gaudium 1)

También dijo el Papa en una de sus homilías en santa Marta: *“La alegría cristiana no es una simple diversión, no es una alegría pasajera; la alegría cristiana es un don, es un don del Espíritu Santo. Es tener el corazón siempre alegre porque el Señor ha vencido, el Señor reina, el Señor está a la derecha del Padre, el Señor me ha mirado y me ha enviado, y me ha dado su gracia y me ha hecho hijo del Padre...Esa es la alegría cristiana. Un cristiano vive en la alegría”*.

! La alegría es por tanto, es un don, un regalo de Dios, pero como todos los dones, hay que ganárselo. Lo que se nos da como don hay que ganárselo como tarea. Es decir, la felicidad es como el síntoma de que estamos caminando bien; no buscamos la felicidad de por sí, sino que la felicidad nos va indicando cómo caminar. Para los cristianos lo más importante, lo que marca de verdad la vida es el encuentro con Jesús.

“ Benedicto XVI decía en Deus Caritas Est: *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*”

Es en ese encuentro donde el cristiano encuentra de verdad la alegría, la felicidad, el júbilo. El Papa Francisco lo señala en el párrafo que hemos citado antes, resaltando cuatro realidades de las que el Señor nos libera cuando nos dejamos salvar por él: ***el pecado, la tristeza, el vacío interior y el aislamiento.***



Orar con el salmo 15

*Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: “Tú eres mi bien”.*

Los dioses y señores de la tierra no me satisfacen.

Multiplican las estatuas

de dioses extraños; yo no derramaré sus libaciones con mis manos,

ni tomaré sus nombres en mis labios.
El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad.
Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré.
Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena:
porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.
Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Santa Teresa de Jesús decía que un santo triste es un triste santo. San Francisco escribió en la primera regla para los hermanos menores: *«Guárdense los hermanos de manifestarse externamente tristes e hipócritas sombríos; manifiéstense, por el contrario, gozosos en el Señor, y alegres y convenientemente amables»*. Por eso, San Francisco describía la felicidad como un fervor de espíritu, una prontitud y una disposición de toda la persona para hacer con gusto y contento todo el bien que esté a su alcance. Esta alegría es el más seguro remedio contra las tentaciones, y llama a practicar el bien a cuantos de ella son testigos, mientras que el bien hecho sin este buen humor no puede menos de entorpecer y retardar el impulso de cuantos nos rodean, sembrando la duda en sus corazones.

Dicho con otras palabras, el que siente la alegría del Señor en su corazón tiende a buscar la felicidad de los que lo rodean. María, la madre de Jesús, la primera en ser llamada bienaventurada (Lc 1, 45: *¡Dichosa tú que has creído, porque lo que el Señor te ha dicho se cumplirá!*) nos da el ejemplo más claro: justo después del encuentro con Dios, marcha a ponerse al servicio de su pariente Isabel. El Magnificat, el canto que entona María después de esa bienaventuranza, recuerda también las actitudes que, paradójicamente, traen la verdadera alegría: la pequeñez, la entrega, la disponibilidad de la “esclava” hace proclamar “las maravillas del Señor”.

La Iglesia en Latinoamérica describió así el canto de María: *El Magnificat es espejo del alma de María. En ese poema logra su culminación la espiritualidad de los pobres de Yahvé y el profetismo de la Antigua Alianza. Es el cántico que anuncia el nuevo Evangelio de Cristo; es el prelude del Sermón de la Montaña. Allí María se nos manifiesta vacía de sí misma y poniendo toda su confianza en la misericordia del Padre. En el Magnificat se manifiesta como modelo para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la "alienación", como hoy se dice, sino que proclaman con ella que Dios "ensalza a los humildes" y, si es el caso, "derriba a los potentados de sus tronos"...* (Documento de Puebla, n° 297)



Esta “vuelta de la tortilla”, este cambio de las circunstancias de la vida se reflejará en cada bienaventuranza. Y ahí radica la alegría, en el cambio que Dios puede hacer (y de hecho hace) en nuestras vidas, personales y comunitarias. Por lo tanto, el anhelo de todo hombre y mujer de encontrar la felicidad encuentra su único y verdadero culmen en el encuentro con Dios. Y este encuentro con Dios llama irremediabilmente a salir al encuentro con los hermanos. Cuando este doble encuentro sucede, la situación personal y comunitaria cambia radicalmente, y estalla en más y mejor alegría para todos.

4. EL REINO Y LAS BIENAVENTURANZAS

Quien abra los evangelios por cualquiera de sus partes se dará cuenta que el mensaje que más se repite, y es la base de la Buena Noticia, es el Reino de Dios o Reino de los Cielos. Todo su objetivo, como lo es la misión del mismo Jesús, es que **conozcamos, creamos y nos convirtamos** al Reino de Dios. Recuerda que los evangelios no son una biografía de Jesús, de su familia, amigos y seguidores. Tampoco son una obra histórica. Los evangelios nos muestran con los hechos y las palabras de Jesús que el Reinado de Dios está presente y llegará a su plenitud en algún momento.

Las bienaventuranzas de Mateo; por ejemplo, empiezan y acaban haciendo referencia al Reino, y es que no puede ser de otra manera, ya que no pueden desvincularse de ninguna manera las bienaventuranzas del Reino de Dios. No tendrían ningún otro sentido por muy lógico o ilógico que nos parezca.

“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos [...] Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira [...] porque vuestra recompensa será grande en los cielos”



Hoy estamos en condiciones de poder asegurar que el núcleo esencial de la predicación de Jesús fue "El Reino de Dios". Para Jesús, lo contrario del Reino de Dios es imperio del egoísmo. Y es que, la predicación de Jesús, es fruto de una experiencia humana de lo que es Dios. La importancia de Jesús estriba en que fue la más fiel manifestación de ese Reino que es Dios. Tanto la experiencia de Dios como el seguimiento de Jesús sólo pueden entenderse correctamente desde la perspectiva del Reino, que vertebra y da sentido a las mismas.

4.1 Juego de Tronos. En tu vida, ¿quién es el Rey?



¿Quién manda en mí?

Permítanme una información lingüística sobre la expresión “el Reino de Dios”. Empecemos diciendo que ese "de" no es posesivo, sino epexegetico, es decir, explicativo. Un ejemplo: si yo digo: "el tonto de mi herman@", nadie entiende que mi herman@ tenga un tonto, sino que mi hermano es tonto. En nuestro caso, no quiere decir que Dios tenga un reino, sino que el Reino se identifica con Dios.

El Reino de Dios, quiere decir que la realidad humana se desarrolla en un ambiente espiritual en un primer momento, pero no nos engañemos, es el inicio. Pues, en lo que se nos medirá es en el amor, y en concreto, en lo que se concreta en Mt 25 (seguro que lo sabes). Y es que el ámbito de lo divino está presente en lo humano y constituye su atmósfera y su fundamento propio. El Reino es una atmósfera en la que son posibles las relaciones verdaderamente humanas con Dios, conmigo mismo, con los demás, con las cosas. Con la venida de Jesús no ha cambiado nada por parte de Dios. Él ha estado siempre inundándolo todo. Lo que ha cambiado es la toma de conciencia de esa realidad y la actitud de los hombres ante ella.



Escuchad esta canción y compartid alguna frase o párrafo que creáis conveniente:

<https://www.youtube.com/watch?v=1k3Ckd3SXNc>



Para reflexionar y compartir. Hoy me pregunto:

¿Sueñas con un mundo nuevo? ¿te conformas con éste? ¿qué necesitas para empezar a ello?

4.2 Mi Reino no es de este mundo. Nueva forma de “reinado”

#palabradeDios

“...porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui emigrante y me acogisteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, preso y fuisteis a estar conmigo” (Mt 25, 35-36)

Lo que Jesús enseña a sus seguidores, entre otras cosas, es a compartir los bienes y cuidados entre todos, especialmente con los más necesitados, renunciando a la acumulación de bienes, gloria y poder. La única riqueza que Jesús propone es la riqueza ante “los ojos de Dios”; riqueza que se obtiene en el amor y cuidado a los más pequeños, débiles y necesitados.



Un cristianismo que no me empuja a darme a los demás, no tiene nada que ver con Jesús. Cada vez que ayudamos a otro a salir de cualquier clase de opresión, hacemos presente a Dios, independientemente de lo que el otro sea o deje de ser. Y según Jesús ahí está la felicidad y el ser bienaventurado.

La dinámica del Reino se despliega **de dentro a fuera**. Porque, el motivo de la bienaventuranza, es decir, de la felicidad, no es un mecanismo automático, sino un camino de vida de seguimiento del señor. En este sentido, para ser bienaventurado, se necesita ante todo convertirse.



Frase para orar y compartir con los demás:

“Solamente si soy fiel a mí mismo puedo ser fiel a Dios. Sólo si soy fiel a Dios puedo ser fiel a mí mismo. Un Reino de Dios exclusivamente externo es imposible”



Pero Jesús invita, **no obliga a nadie**, cada quien decide hasta dónde puede implicarse en su seguimiento. Tal como lo expresa Jesús Peláez, “*hacerse pobres no es otra cosa que renunciar al individualismo, al deseo de codicia, al consumo desenfrenado, al materialismo dominante, y abrir paso a la cultura de la moderación, eligiendo el camino de la austeridad solidaria, nueva formulación de la primera y principal bienaventuranza, la que hace posible que Dios reine y que los hombres sean hermanos.*”

4.3 El Reino de Dios: ser y compartir con los pobres



Y es que la dicha de servir a los demás, especialmente a los más necesitados, sólo se tiene cuando el espíritu nos impulsa a hacerlo libremente, sin esperar nada a cambio. No se trata únicamente de desprenderse del dinero para satisfacer las necesidades de los más pobres, se trata de cuidar al desvalido como lo hizo el buen samaritano, y de brindar ternura a quien la necesita.

Cuando las injustas circunstancias de la vida nos obligan a ser pobres (explotación, miseria, ignorancia, enfermedad, etcétera) no hay ninguna dicha, todo lo contrario, reina la injusticia; pero cuando es el espíritu –es decir, la capacidad humana de elección– la que nos invita a ser pobres, la dicha es definitiva. La pobreza que nos obliga a servir a otros para poder subsistir no es bienaventura. Por eso, el Reino, es una utopía realizada; en pequeño, pero realizada. Jesús quiere que empecemos hoy.

Debemos aplicar todo esto a nuestra situación respecto al Reino. Una vez más, la palabra clave es alegría: nada ni nadie puede hacernos más felices que el Reino.



Frases para orar y conversar:

El Reino, aquí, es una sociedad en que reinen los criterios y valores de Jesús.

El Reino, a nivel individual, es un conjunto de criterios y valores que se viven.

El Reino es también la realidad definitiva, que supera a ésta y es su fruto.

En el Reino de Jesús todo es al revés: desde dentro, por conversión, no por imposición; desde abajo, desde el servicio, no desde la prepotencia.

5. LOS QUE ELIGEN SER POBRES

Ya lo avisó Jesús: “*Porque pobres tendréis siempre con vosotros y podréis hacerles bien cuando queráis*” (Mc 14, 7). Parece que la pobreza existe desde siempre y que seguirá existiendo y que es inevitable. Pero Jesús va más allá: los llama bienaventurados.

¿A quién se le ocurre decir que los pobres son felices? Notemos que no bendice la pobreza sino a los pobres. La pobreza no puede ser buena en sí misma. Pero ¿qué es un pobre?, ¿quién es verdaderamente bienaventurado?

5.1 Pobres en tiempos de Jesús

El término pobres (*ptojoi*), en el lenguaje evangélico, no designa exclusivamente a los económicamente débiles o a los desposeídos de bienes materiales, aunque los incluye. Pobres son los necesitados, los mendigos. Lucas nos habla de «ciegos y oprimidos» (Lc 4, 18) y junto con Mateo (Mt 11, 5; Lc 7, 21-22)

mencionan a enfermos o disminuidos físicos (ciegos, cojos, leprosos, sordos; también los endemoniados). Formaban parte también de los pobres, las viudas y los huérfanos, que frecuentemente quedaban a merced de la caridad pública. Tal es el caso de aquella «viuda pobre» que echa en el cepillo del templo «todo cuanto tenía para vivir». Pobres eran asimismo los jornaleros, trabajadores no cualificados.

Muy cerca de los pobres aparecen también los pecadores. También están los simples y hay que añadir a los pequeños (*mikroi*), los despreciados o los niños, minusvalorados en aquel tiempo como seres imperfectos. También a los desconocedores asimismo de la ley (cf. Mc 9, 42; Mt 10, 42; 18, 10). O los últimos (*esjatoi*), que serán los primeros en el reino. O «los más pequeños» (*elajystoi*), los peregrinos y desnudos, encarcelados. Los más desvalidos en suma, a los que Jesús denomina «hermanos míos» más pequeños (Mt 25, 40), porque con ellos se identifica plenamente (Mt 25, 45).

El sufrimiento principal de los pobres no provenía, por lo general, de situaciones límite como el hambre o la sed extremas. El mayor sufrimiento radicaba para ellos en la vergüenza de la misma pobreza («siento vergüenza de mendigar», dice el administrador de la parábola: Lc 16, 3), así como en un terrible sentimiento de impotencia y de desgracia, ya que el honor y el prestigio eran más importantes en aquellas sociedades que el alimento y la vida misma. Y es que el pobre era un hombre sin ascendiente y sin valor, un ser insignificante y despreciable, el «último». Por eso Jesús describe muy bien a los pobres cuando habla de «rendidos y agobiados» (Mt 11, 28).

Todos estos pobres —como solía decir el beato Pablo VI— pertenecen a la Iglesia por «derecho evangélico» (Discurso en la apertura de la segunda sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II, 29 septiembre 1963) y obligan a la opción fundamental por ellos.



Para profundizar en textos sobre los pobres podéis consultar:

Verdadera teología de la pobreza:

<http://tanantiguaytannueva.blogspot.com.es/2015/12/verdadera-teologia-de-la-pobreza.html>

O para estudiosos de la Biblia:

http://usuaris.tinet.cat/fqi_sp04/jesus_pobres_02_sp.htm

En contraposición está la riqueza: el dinero. Si Jesús entiende por pobreza una actitud de entera orientación hacia Dios, incluyendo la carencia de bienes, el dinero, en cambio, representará siempre un obstáculo entre Dios y el hombre piadoso, un obstáculo para las tareas del Reino de Dios.



Algunas citas para buscar y meditar:

Mt 6, 24; 10, 9s.; 19, 21-26; Mc 10, 23-31; Lc 12, 15-21; 14, 33; 18, 22-30

Un buen artículo sobre la riqueza en:

<http://blogs.periodistadigital.com/xpikaza.php/2012/09/29/dom-30-ix-2012-vosotros-los-ricos-habeis>

Para reflexionar: ¿Seremos capaces de leer Santiago 5, 1-6 y no conmovernos?

5.2 Pobres de espíritu

El término “pobres de espíritu” ligado al concepto judío de anawim, los “pobres de Yahvé”, que evoca humildad, conciencia de los propios límites, de la propia condición existencial de pobreza. Los anawim se fían del Señor, saben que dependen de Él. El Catecismo de la Iglesia Católica habla del hombre como un «mendigo de Dios» (n.º 2559).

San Francisco de Asís comprendió muy bien el secreto de la Bienaventuranza de los pobres de espíritu. De hecho, cuando Jesús le habló en la persona del leproso y en el crucifijo, reconoció la grandeza de Dios y su propia condición de humildad. En la oración, el Poverello pasaba horas preguntando al Señor: “¿Quién eres tú? ¿quién soy yo?”. Se despojó de una vida acomodada y despreocupada para desposarse con la “Señora Pobreza”, para imitar a Jesús y seguir el Evangelio al pie de la letra. Francisco vivió inseparablemente la imitación de Cristo pobre y el amor a los pobres, como las dos caras de una misma moneda.

El Papa Francisco nos recuerda: “*Ante todo, intentad ser libres en relación con las cosas. Desprendámonos de la codicia del tener, del dinero idolatrado y después derrochado. Pongamos a Jesús en primer lugar pues para vivir esta Bienaventuranza necesitamos la conversión en relación a los pobres. Tenemos que preocuparnos de ellos. Tenemos que aprender a estar con ellos y además. Ellos tienen algo que ofrecernos, que enseñarnos: una persona no es valiosa por lo que posee. Un pobre mantiene siempre su dignidad*” (Mensaje del santo padre Francisco para la XXIX Jornada Mundial de la Juventud 2014).



http://w2.vatican.va/content/francesco/es/messages/youth/documents/papa-francesco_20140121_messaggio-giovani_2014.html

«*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos*» (Mt 5, 3)

Ser pobres de espíritu es no poner la confianza en el dinero o en los bienes materiales, sino que, por el contrario, es abrirse a Dios y que puede incluir una renuncia voluntaria a los bienes, y precisamente en favor de los pobres. Es un privilegio de algunos ser elegidos y llamados por él para seguir este camino. (Juan Pablo II. Audiencia general, n. 4, 30 de noviembre de 1994).



Para pedir este don puede venir bien orar con:

https://www.youtube.com/watch?v=-y_MJDOK3vs

“*Un indigente puede ser egoísta y apegado a la única moneda que posee. El pobre de espíritu, por el contrario, es el que se desprende, concreta e interiormente, de las cosas, el que no pone su seguridad y su confianza en los bienes, en el éxito, en el orgullo, en los ídolos fríos del oro y del poder*”. (Congregación para las Causas de los Santos. Homilía del Cardenal José Saraiva Martins en la beatificación de Sor Josefina Nicoli, 3 de febrero de 2008).



La actitud es lo central, es lo que hace distinguir a un anawim de un rico opresor, o de un pobre que no reconoce su necesidad.

<http://www.revista-rypc.org/2015/08/ay-de-vosotros-los-ricos-algunos.html>).

5.3 Jesús pobre

El evangelio pone en boca de Jesús esta afirmación: «*Yo soy manso y humilde de corazón*» (Mt 11, 29). Jesús se cuenta entre los «humildes» de su tiempo; de hecho, vivió la mayor parte de su vida en un ámbito humilde, en un pueblo cuyo nombre es desconocido totalmente entonces.

Alrededor de los treinta años Jesús abandona su oficio y su único medio de vida, así como su familia. Al abandonar Nazaret Jesús se convierte en un marginado. El evangelio nos habla de que al principio moraba en Cafarnaún (Mt 4, 13), en la casa de Simón Pedro (Mc 1, 29; 2, 1). En otras ocasiones, más alejado de su tierra, «*no encuentra donde reclinar su cabeza*» (Mt 8, 20; Lc 9, 58). En su constante caminar, Jesús está a merced de la hospitalidad de los demás y de la generosidad de su ayuda. Esta acogida se da a veces (cf. Lc 10, 58) o es invitado a comer (Lc 11, 37 o 14, 1). Pero en otras ocasiones es mal recibido, no se le otorga la acogida que solicita y tiene que irse a otra aldea (cf. Lc 9, 52-56).

5.4 Jesús y los pobres

Hay dos momentos clave en la predicación de Jesús, que tienen todo el valor de una declaración programática. En la sinagoga de Nazaret, al principio de su vida pública, Jesús hace suyas unas palabras de Isaías: «*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la Buena Noticia a los pobres*» (Lc 4, 18-19). Y poco después, a los discípulos de Juan el Bautista les dice: «*Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo... a los pobres se les anuncia la Buena Noticia*» (Mt 11, 4-5).



El sufrimiento de estas gentes adoptaba la forma de una profunda frustración, de una ansiedad o un complejo de culpa, de las que no era fácil encontrar liberación. Además de la enfermedad física, ligada con frecuencia a su pobreza, los pobres eran también propensos a otras enfermedades psíquicas como la angustia y la demencia. Desde esta situación se comprende lo que significará para estas personas el que alguien se acerque con autoridad a ellos «*y extendiendo su mano les toque*» (cf. Mc 1, 41), diciéndoles: quiero, sé limpio, o perdonados quedan tus pecados (cf. Mc 2,5; etc.), o vuestro es el Reino de Dios; es decir: Dios está cerca de vosotros, en contra de lo que creáis, Dios se alegra más por un pecador que se convierte que por todos los justos (cf. Lc 15, 10) y tiene complacencia en que no se pierda ninguno de estos más pequeños (cf. Mt 18, 14). Y todo esto dicho sin exigir, en principio, nada previo (algún sacrificio en el templo, una expiación o una purificación ritual previa), sino únicamente la conversión del corazón. Ésta es la liberación que Jesús va a aportar: una liberación en toda su densidad y hondura religiosa a la par que humana.

Por eso Jesús no es neutral ante las necesidades e injusticias que encuentra. Se acerca a ellos con una compasión sin límites: «*Al ver a las gentes se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y agotadas, como ovejas que no tienen pastor*» (Mt 9, 36). Afirma que, por voluntad de Dios, son los principales destinatarios de su mensaje: “*Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra...*” (Mt 11, 25). Por eso Jesús cura a los enfermos, honra a las mujeres. Se acerca a ellas, las cura, no discrimina a las extranjeras (Mc 7, 24-30), supera el tabú de su impureza legal (cura a la hemorroisa: Mc 5, 34), las pone como ejemplo (Mc 12, 41-44), cultiva la amistad con ellas (Lc 10, 38-42). Y una novedad nunca vista es su actitud misericordiosa hacia aquellas mujeres que eran despreciadas por ser pecadoras o adúlteras, (Lc 7, 37-47; Jn 8, 1-11).

Jesús acoge y defiende a los niños pues es una imagen privilegiada de sí mismo “*El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí*” (Mt 18, 5). Y los pequeños serán los que mejor comprendan las cosas divinas, y por eso le gusta tenerlos como oyentes y bendecirlos (Mt 19, 14).

5.5 Consecuencias del trato de Jesús con los pobres

El primer pasaje que nos habla de una marginación de Jesús por su relación con los pobres es aquel en el que “*extendió su mano y le tocó*” a un leproso para curarle (Mc 1, 40-45). Una vez divulgado este hecho “*ya no podía entrar manifiestamente en ninguna ciudad, sino que se quedaba fuera, en lugares desiertos...*» (v. 45). Jesús correrá la misma suerte del leproso, por haberle tocado y haberse aproximado a él. También en otras ocasiones aparece Jesús «arrojado» o «expulsado». Sus paisanos de Nazaret «*le arrojaron fuera de la ciudad*» e intentaron apedrearle (Lc 4, 29), precisamente a causa de los milagros obrados en Cafarnaún para los enfermos y los pobres (Lc 4, 40-41).

Mateo hace notar asimismo cómo Jesús tuvo que huir y «*se alejó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado*» (Mt 14, 13). O que se le busca para prenderle (Jn 7, 30. 32. 44; 8, 20), «*pero él se escapó de sus manos*» (Jn 8, 20). Entonces “*ya no andaba en público entre los judíos*” (Jn 11, 54) y los sacerdotes y los fariseos, que sin duda le habían perdido la pista, «*dieron órdenes de que, si alguno supiese dónde estaba, lo denunciase, para apresarle*» (Jn 11, 57).

Desde esta **situación existencial de Jesús**, marginado y prófugo, perseguido y ya en la práctica condenado a muerte, puede entenderse bien esa actitud de honda comprensión hacia personas que corren una suerte parecida a la suya: «los expulsados de la sinagoga» (como el ciego de nacimiento, «al que echaron fuera», y con el que Jesús, al saberlo, se hace el encontradizo: Jn 9, 22. 34-35) o hacia un condenado a muerte: (Jn 8, 11). Probablemente la comunidad primera recuerda todas estas situaciones de Jesús cuando habla de “*la forma de esclavo*” que él asumió (Flp 2, 7), o que, “*siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza*” (2 Cor 8, 9).



Podemos preguntarnos:

- ¿Somos también nosotros pobres para que los demás sean ricos?

5.6 Dios pobre



Quizá nos resulte tan difícil comprender el misterio de la encarnación; el Dios de Jesús, que es el Dios de la renuncia y el vaciamiento (de la «kenosis», de la pobreza radical hasta la muerte, del «Dios crucificado»). Por eso este párrafo que se lee en poco tiempo, puede llevarnos mucho tiempo si lo reflexionamos en profundidad. Y esa reflexión depende de nosotros.

Si tenemos la imagen de un Dios poderoso, lleno de magnificencia y de gloria, y Juez es muy difícil comprender la encarnación como auténtica “humillación” de Dios. La encarnación puede quedar reducida a un Dios que por compasión, por impulso sentimental desciende en un momento dado desde su palacio de cristal en las alturas y se limita a revestirse de pobre, aunque él realmente no sea pobre, sino rico. Y, sin embargo, nada más lejano al verdadero concepto de encarnación (que no es un mero «revestirse», sino un «llegar a ser»).



En realidad, el misterio de la encarnación implica que Jesús es lo que Dios mismo es, y, viceversa, Dios es lo que Jesús es. Luego Dios —como Jesús— se identifica con los pobres, es pobre. Porque, contrariamente a lo que nosotros creemos, la riqueza de Dios (que se plasma y se encarna en Jesús) no radica en el «tener», en el poseer y en el atesorar para sí, sino en el «dar», en el «darse», en el amar.



¿Qué tal si oramos con esta canción?:

<https://www.youtube.com/watch?v=QUuaiVj0HcE>



Vinculado a todo lo anterior está el hecho de que el culto al verdadero Dios resulta ya indisoluble del amor a los pobres y el servicio a los necesitados. El Papa Francisco nos dice: “La opción por los pobres es una categoría teológica. Quiero una Iglesia pobre para los pobres.”.

5.7 Un cristiano pobre o un pobre cristiano

Debemos tener un verdadero encuentro con los pobres y dar lugar a un compartir que se convierta en un estilo de vida. Y esta forma de vida produce alegría y serenidad espiritual, porque se toca con la mano la carne de Cristo.



Si realmente queremos encontrar a Cristo, es necesario que toquemos su cuerpo en el cuerpo llagado de los pobres. Son siempre actuales las palabras del santo Obispo Crisóstomo: *«Si queréis honrar el cuerpo de Cristo, no lo despreciéis cuando está desnudo; no honréis al Cristo eucarístico con ornamentos de seda, mientras que fuera del templo descuidáis a ese otro Cristo que sufre por frío y desnudez»* (Hom. in Matthaeum, 50,3: PG 58).

Se ha de recordar de modo particular la gran parábola del Juicio final (cf. Mat 25, 31-46), en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres: “*Cada vez que lo hicisteis con uno de estos...*”. Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios» (DCE, 15).

Por el contrario:

- Divinizar la riqueza es pecado. El hombre, hecho por Dios y para Dios (un ser divino), se vuelve siervo del dinero, matándose a sí mismo. Éste es el primer infierno. Por eso este joven rico “se fue triste” (Marcos 10:21, 22).
- La riqueza es pecado porque destruye a los pobres.



Para revisarnos. Ejemplos de apegos egoístas (puede costarnos reconocerlos en nuestro corazón):

- Desear tener cosas superfluas
- Crearse falsas necesidades: ¿necesitamos todo lo que tenemos y compramos?
- Maltratar o no cuidar lo que se tiene
- Encerrarse en uno mismo

Para los discípulos de Cristo, la pobreza es ante todo vocación para seguir a Jesús pobre. Es un caminar detrás de él y con él, un camino que lleva a la felicidad del Reino de los cielos. La pobreza significa un corazón humilde que sabe aceptar la propia condición de criatura limitada y pecadora para superar la tentación de omnipotencia. ¿Cómo entendemos y vivimos esto?

“La pobreza es una actitud del corazón que nos impide considerar el dinero, la carrera, el lujo como objetivo de vida y condición para la felicidad” (Mensaje del santo padre Francisco I Jornada Mundial de los Pobres Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario 19 de noviembre de 2017).

Por eso hablamos en el lema de los que eligen ser pobres: es una opción, una decisión. Es “**ser**” pobres, “**ser** austeros”, “no **ser** derrochadores”. El “**tener o no tener**” dependerá de lo que **seamos**. Donde esté nuestra riqueza estará nuestro corazón.



Para reflexionar y revisarse:

- ¿En quién ponemos nuestra seguridad: en Dios, en el dinero?
- ¿Qué es lo primero en nuestra vida: conseguir lo necesario para vivir o confiar en el que nos da el sustento?

Si entramos en nuestra habitación y cerramos la puerta y reflexionamos estas preguntas descubriremos el secreto de cual es el verdadero motor que nos mueve.

- ¿Preferimos a Dios que nos pide pobreza y confianza, o bien, preferimos confiar en nuestra autosuficiencia y bienes aunque nos impidan que Dios sea el Rey y lo primero de nuestra vida?

O lo que todavía es más aberrante:

- ¿Hemos aprendido a compagnar y a llevar para adelante nuestra riqueza y nuestra supuesta fe en Dios?

Pero hay algo que falla. A pesar de lo que tenemos (que a veces es mucho y a veces innecesario o superfluo):

- ¿Nos sentimos realmente felices? ¿estamos satisfechos?

Tenemos casi de todo en nuestras casas y en nuestra vida (aunque siempre podemos tener más pues somos insaciables) pero:

- ¿Nos sentimos llenos? ¿tenemos paz? ¿nos quita el sueño la posibilidad de perder lo poco que tenemos?
- ¿Sentimos que nuestro equipaje es ligero? ¿cuántas cosas necesitaríamos para irnos a una isla? ¿y para llevarnos en nuestro féretro?

Si te quieres reír un poco, lee Lc 12, 20.



Frases para reflexión personal y comunitaria

- Jesucristo nos recuerda: *“No queráis amontonar tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen...porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón”*.
¿Qué tesoros tenemos en nuestra vida?
- San Agustín: *“Buscad lo suficiente, buscad lo que basta. Y no queráis más. Lo demás es agobio, no alivio; apesadumbra, no levanta”*.
¿Qué nos agobia en la vida?
- San Gregorio de Nisa: *“Sed moderados en el uso de los bienes de esta vida. No os pertenece todo; al menos una parte de esos bienes debe quedar para los pobres”* (Sermón 1 sobre el amor a los

pobres).

¿Qué parte damos a los pobres?

- San Ambrosio de Milán: *“La pobreza material no es bienaventurada en sí misma. Ni todos los pobres son bienaventurados; puede haber pobres malos y buenos”*. (Tratado sobre el Evangelio de San Lucas, L. V, n. 53: PL 15, 1650)

¿Somos pobres?, ¿somos bienaventurados? ¿somos pobres y bienaventurados a la vez?

- Juan Pablo II: *“El pobre de la bienaventuranza no es el indigente. Hay que recordar que los «pobres del Señor» (cf. Sal 74, 19; 149, 4s) son personas humildes que buscan a Dios y se ponen con confianza bajo su protección”*.

En última instancia: ¿qué es lo que nos protege y nos da seguridad en la vida? ¿Dios?, ¿nuestros bienes?

- La parábola del rico insensato (Lc 12,16-21) enseña que de nada sirve acumular riquezas en esta vida. El rico de esta parábola no solo ignora a los necesitados sino a Dios (v.20). La parábola del rico y Lázaro (Lc 16,19-31)³⁰ es también una excelente e ingeniosa narración que exhorta a los ricos a atender a los necesitados con urgencia. Aquí no se dice que el rico haya cometido algún daño contra Lázaro, su pecado consiste en la indiferencia hacia las necesidades de éste.



Más textos del Nuevo testamento para orar sobre este tema:

<http://www.autorescatolicos.org/PDF050/AAAUTORES01196.pdf>